

LAS MEMORIAS



En la primavera de 1934, Madariaga, al que se quería nombrar ministro de Marina, se entrevista con Franco. «Me llamó la atención por su inteligencia concreta y exacta —ha escrito Madariaga— más que original o deslumbrante, así como por su tendencia natural a pensar en términos de espíritu público, sin ostentación alguna de hacerlo»

ACTIVIDAD PERSONAL. ENCUENTRO CON FRANCO. LA FUNDACION MUNDIAL

Al salir del Gobierno Lerroux, en la primavera del 34, traté de volver a mi profesión-vocación de escritor. Me lo estorbaba, sin embargo, mi propio éxito como político internacional. Mi vuelta a la pluma era lo normal y espontáneo. Mi permanencia en la diplomacia colectiva era vínculo del destino, que no podía soltar aunque lo hubiera querido. Me atraía la política europea y universal; me repelía la política nacional; contraste debido a un manojito de motivos. El más fuerte era, quizás, el saberme competente de Pirineos arriba e incompetente de Pirineos abajo. Mi breve paso por un ministerio, y aun dos, había hecho volar cualesquiera ilusiones que abrigara sobre cómo llegar a la esfera exterior pasando por la interior. Si tales ilusiones tuve,

tan sólo se deberían al sentido común, a no ser que me fuera a dedicar otra vez al funcionarismo internacional, cosa que me horrorizaba.

A esta distancia temporal de los hechos, pienso a veces que se dieron entonces fuerzas antagónicas, unas que me empujaban a entrar de lleno en la política española, otras a cerrarme el paso o alejarme. Creo que en el ala liberal-socialista no faltaban gentes que más temían que deseaban mi incorporación, quizá por ver en mí un competidor mejor armado. Dar nombres sería más fácil que discreto, pero hoy tiendo a sospechar que cuando la ley de incompatibilidades me puso en el dilema de escoger París o Madrid, la Embajada o el Congreso, y yo escogí el Congreso, las instancias

vehementes que se me hicieron para que siguiese en París se debían más que al de verme en París al deseo de no verme en Madrid.

En cambio, por el lado si no derecha, centro-derecha, sí se me hicieron indicaciones. Los radicales necesitaban gente, sobre todo en la plana mayor. Entonces fue cuando uno de los aláteres de Lerroux me declaró sin ambages que si me hacía francmasón y radical Leorroux me entregaría el partido. Le contesté que ésa era una razón más para no hacerme francmasón.

Algo después, un ministro portador de ambas etiquetas, hizo todo lo que pudo para convencerme de que me dejase nombrar ministro de Marina; ¡qué gloria me esperaba! ¿La de pasar a la Historia como el restaurador de la gloriosa Marina española? Tanto empeño tomaba en su labor de proselitismo, que di en sospechar que andaría en ello aquel dicho que cuando el tabernero vende la bota, o es que sabe a pez o es que está rota. Menos de un año bastó para destapar no sé qué escándalo sobre un submarino.

Por estos andurriales de experiencia iba yo excursionando entonces cuando me aconsejó un amigo que me encontrase con el jefe de Estado Mayor, Francisco Franco. Quien me lo recomendaba era una de las personas que me merecían mayor confianza, mi ex subsecretario Ramón Prieto Bancos. Como asturiano, conocía a Franco bien, pues maguer gallego el más tarde famoso general había rearraigado en Asturias al casarse con una ovetense. Y aquí, como gallego que yo soy también, con dos hermanos rearraigados en Asturias, tendré que digredir otra vez.

«El dueño es gallego!»

Claro que los asturianos son los españoles más inteligentes que hay; pero creo que los gallegos son más astutos, y aun atribuyo algún que otro tropiezo que he tenido en mi vida a que, los del montón, sabiéndome gallego, me toman por astuto, lo que no soy. Y va de cuento. En Méjico un vez se presentó ante el cónsul de Es-

DE MADARIAGA

paña un asturiano no ya muy joven, que solicitaba repatriarse con auxilio del Estado; y a las preguntas del cónsul explicó que había fracasado. «Llevo cinco años de dependiente de un abarrotero y no salgo adelante.» El cónsul protestó: «¿Y me va usted a decir a mí que un asturiano va a llevar cinco años de dependiente sin quedarse con el negocio?» «Ah, señor —explicó el asturiano—: ¡el dueño es gallego!».

Ya bien definidas las fronteras entre ambos reinos, vuelvo a la entrevista con el galaico-asturiano Franco a la que me incitaba el asturiano Prieto Bances. No creo que éste obrase como dicen, con segundas, sino por pensar que el encuentro sería objetivamente útil, y estoy seguro de que no lo haría tampoco por instigación de Franco. Los invité a los dos a almorzar.

Comimos en el Hotel Nacional, en octubre, y estuvimos juntos los tres cosa de dos o tres horas.

Franco habló algo menos de lo que el español medio habría hablado en tales circunstancias, aunque sin manifestar reserva, desconfianza o suficiencia alguna. Me llamó la atención por su inteligencia concreta y exacta más que original o deslumbrante, así como por su tendencia natural a pensar en términos de espíritu público, sin ostentación alguna de hacerlo. Otros rasgos de su carácter que luego se manifestaron, no asomaron en la conversación.

Pasaba yo entonces por una fase de fermentación de mis ideas sobre la democracia liberal, que describí y formulé en un libro publicado en Madrid en 1935, en París y en Londres en 1936, y en Nueva York en 1937, con el título de *Anarquía o jerarquía*. Este título sugería el tema: la necesidad de aprender del peligro que corría la democracia liberal a la izquierda como a la derecha, examinando la base jerárquica objetiva que constituye la verdadera estructura de toda nación. Mis ideas fundamentales eran dos: la primera, que mientras la libertad es el mismo aire que respira el espíritu, la democracia no pasa de ser un sistema de reglas prácticas que cabe adaptar y revisar; y la segunda, que para todas las naciones, pero aún más para las hijas de Roma, el sufragio universal directo es peligroso y debe sustituirse por otro en el que el voto individual se agote en el municipio, y las demás instituciones políticas del país se elijan por las instituciones del «piso» inmediatamente inferior. Hablamos algo sobre esto y luego le mandé a Franco un ejemplar del libro.

Pintaba en aquel libro el contraste entre la democracia de hombre-un-voto, en la que no creo, y mi modo de organizar los cuerpos representativos; y designaba

la primera forma como «estadística» y la segunda como «orgánica». Algo de esto ha pasado a la ideología del régimen, pero, aparte de otras causas de desavenencia, subsiste que a mi ver no se puede hacer nada perdurable sin libertad de la prensa y de la radio-televisión.

De aquel día se me ha quedado en la memoria un detalle. Tomamos un taxi en el que Franco y yo, ambos de poca estatura, nos sentamos cómodamente atrás mientras Prieto, de estatura gigantesca, se retorció para meter las largas piernas donde se lo permitía el exiguo espacio a su disposición; y nos fuimos al Ministerio de la Guerra a dejar a mi invitado. En el camino, Franco criticaba mis planes de reforma militar alegando falta de fondos. Le argüí que los agregados militares, navales y aéreos costaban un dineral y no servían para nada; lo que le sorprendió. Y le conté que mi agregado aéreo en París, Legórburu, que lo era también de la Embajada en Londres, se enteró por mí (y yo por el *Times*) de que había en Inglaterra unas maniobras aéreas. Con todo, hoy pienso de otro modo, y si de hallar dinero para una reforma militar se tratare, hoy iría a buscarlo a otros sitios.

Dos mujeres

El sentimiento más denso de los que ha ido depositando en mí la experiencia de aquellos años y mi meditación sobre ella consiste en que el obstáculo más formidable contra la paz reside en la mera existencia de los Estados, definidos como los mecanismos para hacer funcionar la vida nacional. No estaría dispuesto a considerar el «nacionalismo» como el malhechor de estas lides. Antes bien, me parece que el nacionalismo como el mero darse cuenta de la existencia de una vida colectiva forma parte de la naturaleza y, como tal, debe respetarse. Es además un hecho neutral, porque si bien puede desviarse hacia la agresión, la intransigencia, el apetito de poder y la guerra, también en otras circunstancias podría impulsar el sentido común y la paz. Todo depende de quién lo maneja.

Me parecía, pues, que lo que hacía falta era una entidad que guiara y dirigiera la opinión pública mundial. Mi experiencia de las nubes de periodistas que solían acompañar a los grandes delegados era lamentable. Aunque los había no peor que malos, otros eran aún peores, y todos tendían a encarnar la forma más detestable del nacionalismo; mientras que los gobiernos que servían o creían servir, hostigados y atosigados por la prisa y las cavilaciones del día y aun de la hora, apenas si podían alzar ánimo y ca-

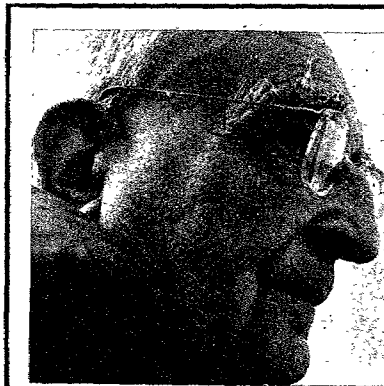
beza para mirar la labor del día siguiente sin ni hablar del mes o del año que les esperaba, por carecer o de tiempo o de perspectiva o de libertad para pensar por encima de sus lectores.

Era menester otra cosa. Primero, un grupo de hombres de veras libres; luego, una suma considerable de dinero que les permitiera actuar sobre la opinión pública sin influencia de Estado, partido o clase. Una fundación yanqui no serviría porque, aunque las hay admirables, son y siguen siendo yanquis, como tienen perfecto derecho a serlo. Me propuse, pues, intentar crear una Fundación Mundial cuya divisa sería *Patria Patriarum*.

Dos mujeres, ambas de los Estados Unidos, me aportaron entonces una colaboración inestimable. Una era una anciana viuda de Chicago cuyo mero nombre era ya un pasaporte en el mundo pudiente de aquel país: Mrs. Emons Blaine. En su casa de Chicago organicé varias reuniones que me fueron utilísimas para lanzar la idea. Mrs. Blaine parecía haber heredado el afán internacional de su pariente del mismo nombre

rar en el *Christian Science Monitor* y que había recorrido Europa y Asia. Era ardiente convencida de la idea y tomó con entusiasmo el peso y responsabilidad de la secretaría. Yo, entretanto, había procurado reunir para apoyar el plan un comité de bastante nombradía, en el que figurábamos diecinueve hombres, entre ellos Norman Angell, Guglielmo Ferrero, lord Lytton, Thomas Mann, Jules Romains, Arthur Salter y Arnold Toynbee; y no se crea que era cosa fácil, sino ardua y peligrosa y de mucho escribir y viajar —todo en los huecos que me dejaba mi actividad en Ginebra—. Para esta labor estuve en los Estados Unidos en febrero de 1936.

De todo ello se oye todavía el eco en la carta que escribí el 26-II-36 a Augusto Barcia, entonces ministro de Estado del Gobierno de Azaña, resultado de la victoria del frente popular. Mi viaje no tenía ni un ápice de oficial; pero seguía pendiente la cuestión italo-etíope, y la idea de ser yo el delegado permanente de España estaba arraigada en todas partes. Nadie fuera de mi país se imaginaba que en cuanto terminaba la



El interés despertado por «Memorias (1921 - 1936). Amanecer sin mediodía», de Salvador de Madariaga, ha desbordado todas las previsiones: en su primera semana de venta al público se han agotado todos los ejemplares de la primera

edición. La peripecia política y humana de este humanista liberal y brillante escritor —miembro electo, en 1936, de la Real Academia Española— durante los quince años que precedieron al Alzamiento Nacional justifican sobradamente la expectación que han provocado sus Memorias. Con «Actividad personal. Encuentro con Franco. La Fundación Mundial» y «Hacia la guerra civil», «G. i.» finaliza el serial que inició la semana pasada con la publicación de otros dos interesantes capítulos de esta última obra de Salvador de Madariaga, editada por Espasa Calpe, S. A.

que había sido secretario de Estado con el presidente Harrison, aunque él sólo era continental, mientras que ella era universalista. Gracias a ella, pudimos sostener una secretaría mientras bregábamos en el período de propaganda y organización (1).

La otra mujer que vino en mi auxilio entonces fue Ruth Cranston, periodista que solía colabo-

(1) En agradecimiento a todo lo que debo a esta mujer admirable, di su nombre a una fundación que doté el año 71 en el Colegio de Europa para becas a estudiantes españoles y portugueses.

Asamblea, el Consejo, el Comité o lo que fuera, yo, en el Estado español, no era nada. Me llamaba al teléfono Laval para pedirme que convocase el Consejo porque transformaba en continuidad de cargo (que no existía) la continuidad de mi persona (a quien y no al «delegado de España» se había dado la presidencia del Consejo cuando no le correspondía, transformándolo para ello en Comité de los Trece). Qué hubiera pasado si se hubiera presentado Barcia a presidir los Trece, no puedo ni figurármelo. Pero el hecho es que mi posición era a la vez firme y precaria; firme porque la SIGUE

MADARIAGA

“Franco habló algo menos de lo que el español medio habría hablado en tales circunstancias, aunque sin manifestar reserva, desconfianza o suficiencia alguna”

unanimidad de fuera era total y hasta consabida, y precaria porque cualquier día podría cesar, puesto que en casa nadie se daba cuenta de ello.

Teniendo en cuenta todo este nudo de circunstancias, antes de irme a los Estados Unidos, fui a ver a Bowers, el embajador yanqui en Madrid, y le expliqué que, mientras estuviera allá, no quería pecar ni de descortés ni de indiscreto, de modo que en lo de ver a los personajes oficiales, no tomaría iniciativa ninguna. Parece que Bowers escribió a Roosevelt sugiriendo una entrevista, porque nuestra Embajada en Washington me avisó de que, como se estaba debatiendo entonces en el Senado la prolongación de la vigencia de la ley de neutralidad, era mejor que no viniera a Washington hasta pasado el debate.

Poco después, Cordell Hull, secretario de Estado, avisó que quería verme. Fui, pero no me vio. Cayó enfermo. ¿Diplomacia o virus? ¿Quién sabe? (Más tarde, en otro viaje, hablé con él en su despacho oficial.) En todo caso, mi entrevista con el subsecretario, Phillips, fue pura pérdida de tiempo; y aunque vi a Henry Wallace, entonces ministro de Agricultura, y hablé con él de cosas que valían la pena, no se tocó lo de Ginebra. En cuanto a Roosevelt, parece que me estimó o en poco o en mucho; porque sus amigos me aseguraban que temía el lobby de furibundos adversarios de la Sociedad de Naciones.

Un escaparate electoral

Este lobby era muy fuerte. La impresión que saqué de mis conversaciones con prohombres públicos como el famoso coronel House o Harrison, gobernador del Banco Central, era que había impresionado al país el vigor de la Sociedad de Naciones hasta que se conoció el plan Hoare-Laval, tanto que hasta habría apoyado un embargo del petróleo, pero que aquel funesto plan había impulsado un retorno de las fuerzas contrarias a Ginebra. Situación curiosa, pensaba yo, porque la opinión de los Estados Unidos, en vez de ser suya propia original, dependía de lo que se hacía y decía en Ginebra. La caída de Hoare, y poco después la de Laval, no quitó fuerza a la ola antiginebrina levantada por su malhadado plan; lo que me hizo sospechar que la evolución favorable anterior no pudo haber sido tan fuerte como me la pintaban mis amigos. Por otra parte, llamaba la atención la incoherencia de aquella oposición a Ginebra, que componían el ultranacionalismo de la prensa amarilla de Hearts, el aislacionismo-imperialismo que dirigía el senador Hiram Johnson, y el pacifismo evangelista que mandaba el senador Nye.

Mucho me llamó la atención el poco crédito que la gente de Washington concedía a la sinceridad

de la política británica, de modo que al ministro le escribía: «No existe más que una posibilidad (no una certidumbre) de que se restablezca la confianza en la política de la Gran Bretaña, y es que en la próxima reunión de Ginebra se ponga Eden a la cabeza de la sanción del petróleo, pase lo que pase allí». De otro modo sólo veía un abandono creciente del problema en los Estados Unidos; de modo que concluía: «Se confirma con este ejemplo la ley constante que parecía regir las relaciones entre la Sociedad de Naciones y los Estados Unidos: en todo momento la acción óptima para Ginebra consiste en seguir su camino recto como si los Estados Unidos no existieran».

Dedicaba también un párrafo de la carta a la conferencia interamericana que los Estados Unidos estaban esperando. ¿Qué se proponían?, me preguntaba. Consolidar lo ya logrado, edificar una Sociedad de Naciones americana o, más probablemente, «un escaparate electoral que tuviera por tienda la primera solución arriba apuntada y por trastienda la segunda». Hablé del asunto con el embajador mejicano Castillo Nájera, que había conocido bien en Ginebra, el cual me aseguró que «la gente del Sur» estaba dispuesta a cantar un coro a la nueva versión de la Doctrina de Monroe, pero el presidente mejicano (que habló por teléfono con Castillo en mi presencia) le reiteró su deseo de que insistiera en que Méjico supeditaba todo a su fidelidad a la Sociedad de Naciones, lo que no agradó a Summer Welles, el subsecretario.

Bocadillos de panamericanismo

En aquellos días estaba en su apogeo la reputación de Henry Wallace, muy admirado por los «liberales» yanquis. Esta etiqueta es en los Estados Unidos mucho más avanzada que en Inglaterra y no digamos que en Francia, donde los liberales pasan por reaccionarios. Así se explica que Wallace, que comenzó del color político de un liberal inglés, terminó poco menos que comunista. Era un hombre simpático y amable, buena figura, rostro aureolado de blanco pelo, que realizaba su tez soleada; de mucho dinero, hecho comercializando ideas fecundas sobre la hibridación de variedades de maíz, de honradez diáfana y de predisposición idealista, lo que me hizo esperar, quizás ingenuamente, que estaría dispuesto a escuchar mi canción. La cual era más bien (como donosamente dicen en Alemania) música del porvenir que ruido del presente, y tenía por fin la organización racional y previsor de Hispanoamérica.

Le dije, pues, que la política de los Estados Unidos para con la América española y el Brasil era lamentable y se resumía en buenas palabras y malos hechos; y en seguida pasé a exponerle mi

programa. La América ibérica estaba despoblada. Cuando tuviera 250 millones de habitantes habría resuelto sus propios problemas y, además, dotado a los Estados Unidos de un mercado colosal. Pero era menester que estos 250 millones fuesen en su gran mayoría europeos; y si se buscan europeos que no vayan allá a hacer dinero aprisa y volverse a Europa a gastarlo, es menester que sean españoles, portugueses o italianos.

El fracaso de los Estados Unidos en Iberoamérica se debe a que confunde los intereses reales y duraderos del país con los de los individuos o las empresas que sólo van allí a explotarla y sacarle los dineros a alta presión, lo que destruye toda confianza en los yanquis (2).

Otro error de los Estados Unidos es el de aferrarse en todo el Continente a una política terca y antiespañola. Por ejemplo, todas las reuniones hispano-americanas organizadas por o con España admiten a los Estados Unidos, especialmente invitados para ello; pero jamás se invita a España a una asamblea panamericana (en estos días se ha eclipsado ese pan).

Todo esto, expuse a Wallace, era absurdo, porque en el fondo hay un interés común a los tres lados del triángulo: el iberoamericano, el yanqui y el español. España no pide más que respeto para el libre y espontáneo desarrollo de la cultura de raíz española que ha plantado en el Continente, que le puede absorber un exceso de población de un cuarto de millón anual; y ni uno ni otro de estos dos fines es contrario a los verdaderos y honrados intereses de los Estados Unidos. Hay que ir, pues, a una serie de acuerdos triangulares entre los Estados Unidos y cada uno de los países de allá, en los que España daría la gente, los Estados Unidos el capital y cierta tecnología, y el país iberoamericano la tierra y la legislación, con el fin de elevar el nivel de la emigración española del de un transporte de ganado humano al de un fenómeno sociológico consciente y civilizado.

Pareció interesarle el asunto y trató de conseguirme una entrevista con Morgenthau, ministro del Tesoro, que acababa de regresar de una excursión a España; pero entonces se le ocurrió morir a su colega de la Marina (primo del Presidente) y, razón o pretexto, la entrevista se enterró con el difunto. Wallace me prometió exponer mi plan a Morgenthau y a Roosevelt. Total, que los Estados Unidos preferían irse me-

SIGUE

(2) No que esta conducta miope sea monopolio de los yanquis. Por ejemplo, si los tres grandes propietarios de las minas de estaño de Bolivia (dos bolivianos y un judío alemán) hubieran gastado un buen 25 por 100 de sus enormes beneficios en mejorar sus minas, sus métodos, el trato de su personal y la instrucción pública, otro gallo le cantara a aquel maravilloso e infelizmente país.

“En el camino, Franco criticaba mis planes de reforma militar alegando falta de fondos”

rendando a Hispanoamérica en bocadillos de panamericanismo.

No le hablé a Wallace de Puerto Rico, pero sí en varios otros lugares influyentes. Los yanquis tienden a deplorar la carga de pobreza, con su sobrecarga de epidemia y crimen, que les traen a Nueva York los portorriqueños, y claro está que acusan a los infelices de ser los autores de tantos males. Pero si leyeran lo que de Puerto Rico escribe Poinsett, pronto descubrirían que la miseria que hoy padece Puerto Rico está *made in USA*. En su época española, la isla era un paraíso. La solución entonces (o sea en 1936) era la independencia; y creo que si *entonces* se hubiesen federado Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo, no habría hoy un dictador comunista en La Habana. Que cierto es que Puerto Rico en sí es hoy próspero, pero a costa de la miseria de su inmensa colonia que se pudre en Harlem.

Hacia la guerra civil

Entretanto, la república iba de mal en peor. No valía intentar consolar con la comodísima explicación de que todo se debía a esos malditos reaccionarios, porque en mi opinión y experiencia no eran menos responsables los de la izquierda. Disentía de la derecha por su apego, a mi ver, desatinado, a su situación predominante en el Estado y su negativa a avenirse a lo que las clases análogas de otros países europeos habían aceptado ya hacía tiempo como reformas razonables; pero la izquierda me parecía caótica, mesiánica, lenta para la reforma y rápida para la revuelta. Era imperdonable que al cabo de cinco años no hubiese logrado la república llevar a cabo ni una reforma agraria ni una reforma del impuesto —las dos injusticias más escandalosas que era su deber corregir.

Bajo el segundo Parlamento, el Gobierno fue deslizándose cada vez más hacia la derecha porque el presidente, que no quería confiar el poder a Gil Robles, aunque a él tenía derecho en virtud de la Constitución, se veía precisado a apoyarse en hombres que habían servido a la monarquía. Así nos vimos ya en septiembre del 35 en manos de un Gabinete presidido por Chapaprieta, que era francamente monárquico. Sobre aquel hombre, algo contrahecho, se había difundido por Madrid un epigrama cruel que decía:

*El chapa que tiene chepa,
hay que mirarlo con lupa,
pues dondequiera que trepa
el chapa de chepa chupa.*

El epigrama no era sólo cruel. Era injusto, pues Chapaprieta era hombre de limpia hoja de servicios, ideas claras y firmeza de carácter; pero una de las formas que toman entre nosotros el personalismo y la subjetividad, que nos vedan el sentido político, consiste en denigrar al adversario sin

respeto alguno para la verdad, como yo lo había sufrido en mi persona y lo iba a volver a sufrir aún más. Chapaprieta procuró restaurar el equilibrio del presupuesto con medidas que primero iban en contra de los intereses de la clase media modesta y que merecieron el aplauso de los pudientes; pero su segundo tren de reformas que, con altura de miras, dirigió a los pudientes, precipitaron su caída del poder —caso trágico de la incapacidad de la clase pudiente española para juzgar dónde está no ya la justicia, sino su verdadero interés de fondo—. El presidente «don Alfonso en rústica», como ya lo llamaban, hizo honor a su apodo entregando el decreto de disolución a Portela, que no era precisamente modelo de republicanismo (7-1-36).

Las elecciones tuvieron lugar el 16 de febrero. Daré aquí el análisis objetivo y escrupuloso que de ellas publiqué en un libro mío:

	Miles de votos
Izquierda:	
Socialistas y comunistas	1.793
Centro izquierda (Azaña)	2.413
Total izquierda.	4.206
Centro derecha (Lerroux)	681
Derecha	3.784

Puesto que la izquierda consideraba a Lerroux como de la derecha, fue, pues, la derecha la que ganó aquellas elecciones por 4.465 contra 4.206 miles de sufragios. Pero estas cifras se refieren a meras etiquetas. Si referimos la elección a lo que debe ser, la manera real y efectiva del pensar político de cada cual, los resultados son mucho más claros:

Ideologías	Miles de votos
Anticlericales antimilitaristas:	
A. Marxistas . . .	1.793
B. No marxistas .	3.193
Antimarxistas:	
A. Clericales, no militantes . . .	3.783
B. No clericales, antiparlamentarios	unos pocos

Por consiguiente, con la interpretación más benévola que cabe para la izquierda, en febrero del 36 España votó:

- por dos contra uno contra el marxismo
- por dos contra uno contra el clericalismo y el militarismo
- por ocho contra uno contra una revolución socialista
- casi unánime contra un alzamiento militar.

Tales fueron los resultados en profundidad. Sobre la base usual

de la estadística de escaños, el 16 de febrero fue una victoria de la izquierda, sobre todo para Azaña. Esta solución habría sido la ría era verse gobernada por Azaña. Esta solución habría sido la menos mala, quizá la mejor para asegurar la existencia de la república.

«¿A mí qué me importa el Negus?»

Al regresar de los Estados Unidos visité a Azaña y a Barcia y les hice constar que yo había estado viajando en misión individual y personal; pero que ya de vuelta, si ellos lo deseaban, continuaría yendo a Ginebra cuando fuese necesario. Me instaron a que continuase, y hablé con ambos de la reforma de la Sociedad de Naciones en vista de mi experiencia y de la opinión de las naciones asociadas con nosotros. Durante el conflicto italo-etíope, mi actitud había sido favorable a las sanciones, aunque atento a los peligros y consecuencias que pudiera acarrear para España. Siendo presidente del Gobierno Chapaprieta, le llamé al teléfono desde Ginebra y le dije, puesto que las cañas podrían tornarse lanzas, era necesario que yo supiese cuál era la actitud del Gobierno. Chapaprieta contestó: «Bueno. Hemos firmado el Pacto, ¿no? Pues, ¡jadelante!» Este era el reaccionario, a quien muchos izquierdistas no vacilaban en llamar «fascista».

Pero y Azaña, jefe de la izquierda, ¿qué pensaba? En cuanto me acerqué al asunto, replicó con viveza: «Lo primero que tiene usted que hacer es echarme fuera ese artículo 16. No quiero nada con él». Y aún añadió: «¿A mí que me importa el Negus?». Dios sabe la confusión en que se sumirían los generosos «liberales» de los Estados Unidos y de Inglaterra ante estas manifestaciones tan paradójicas del monárquico «reaccionario» y del republicano aliado de los socialistas. Nada menos conciliable con las imágenes consagradas de lo español.

Pero, cuidado. Aun dando de lado al aspecto frívolo que a veces adoptan en España los políticos de café, todavía es muy posible que la actitud de Azaña fuera la más seria de las dos. Su especialidad en la república siempre fue el ejército. Para él, pues, el artículo 16, las sanciones, levantaban interrogantes tremendos. ¿Estaba España en situación militar-naval-aérea de meterse en tales aventuras? Y no cabía negar que, en aquella situación, esta pregunta era predominante. Razón de más, pensé yo, para proseguir mi labor de circunscribir y delimitar las obligaciones de los Estados de la Sociedad de Naciones dentro del Pacto, pero puntualizándolas.

Así, pues, expuse mis ideas a Azaña y a Barcia. Azaña se percató de lo que yo perseguía y le agradó mi plan, aunque no creo que se adentrara en los detalles,

SIGUE

MADARIAGA

“Otro error de los Estados Unidos es el de aferrarse en todo el Continente a una política tercamente anti-española”

lo que me pareció razonable y sensato. No creo que Barcia se enterase de lo que yo buscaba; no sólo porque era hombre mucho menos inteligente, sino porque él vivía en la superficie de las cosas, periodista a flor de agua, que no solía entrar a fondo en nada; pero, en vista de la actitud acogedora de Azaña, Barcia también dio a mi proyecto una especie de bendición general.

A principios de mayo me fui a Ginebra, a una reunión de «neutrales», como llamaban a nuestro grupo, y el 9 y 10 del mes mandé telegramas a Madrid sobre varios temas, desde el conflicto italo-etíope hasta la reforma del Pacto de la que habíamos hablado en Madrid, y que, en sus grandes líneas, expuse ante mis colegas «neutrales». El ministro holandés de Asuntos Exteriores me rogó que redactara aquellas ideas, y acepté, dando cuenta al Gobierno. Redacté, pues, una nota que hice multigrafiar con un parrafillo explicando que se trataba de un documento personal sin compromiso alguno de mi Gobierno, para dejarle a Madrid la libertad de negociar después, cosa elemental en estos lances. A petición de mis colegas se mandaron sendos ejemplares a la Argentina, Francia e Inglaterra.

La sustancia de mis proposiciones era como sigue:

1. Hay que revisar el Pacto para hacerlo más práctico.
2. No es necesaria ni deseable enmienda alguna textual.
3. Las naciones se reservarán el derecho de limitar sus obligaciones generales bajo el artículo 16 mientras
 - a) la Sociedad de Naciones no sea universal;
 - b) el artículo 8 (Desarme) no se haya aplicado.
4. Los Estados a quienes concierne podrán aceptar explícitamente las obligaciones del artículo 16 en zonas políticas y geográficamente definidas.
5. Se redactará un Pacto simplificado, reducido al artículo 11, para aquellos Estados que prefieran seguir fuera de la Sociedad de Naciones.
6. Se abolirá la regla de la unanimidad en la aplicación del artículo 11.
7. Se pondrá el acento sobre las medidas preventivas de preferencia a las punitivas.
8. No hay seguridad colectiva sin política colectiva.

Asediado por excitados periodistas

El 20-V-36 me escribió Eden: «Creo que se trata de una nota muy interesante, que vamos a es-

tudiar aquí con sumo cuidado». Massigli me mandó un estudio largo, muy bien construido y contrario a mi tesis. El Gobierno danés me mandó una nota, en parte nueva, como base adjunta a la mía para nuestras deliberaciones. La idea parecía bien canalizada. Pero en Madrid había gentes que tenían la vista puesta en la política interior y que necesitaban eliminarme de Europa para sus propios fines. El director de la maniobra era Araquistáin; el instrumento, Fernando de los Ríos.

Mi nota a los neutros, que era confidencial, llegó a la prensa no sé cómo, pero sospecho (sin pruebas) que por dos izquierdistas ultras de la Secretaría General. *Claridad* lanzó la campaña contra mí y toda la prensa socialista siguió con entusiasmo. La acusación concreta era que había actuado sin autoridad de mi Gobierno, el cual no sabía nada, y que había hecho publicar la nota: dos falsedades a cual más embustera.

De la noche a la mañana, se me pintaba como un corruptor del Pacto para complacer a los fascistas y como un irresponsable que negociaba sin autoridad ni permiso de mi Gobierno. Asediado por excitados periodistas, aterrados ante la idea de que pereciera el Pacto (que no habían leído), Barcia perdió los estribos y la memoria, y declaró que si yo había presentado algo (y él no lo sabía) sería por mi cuenta y riesgo, y que él había avisado al subsecretario para que «se ponga en conocimiento de nuestras cancelerías en el extranjero».

La Vanguardia del 20-VI-36 publicaba una nota de esas que el destino a veces prepara como delicadas ironías. Yo, que me había pasado cinco años pidiendo más sistema y organización para la delegación española, tuve que leer esto:

El Debate, recogiendo las palabras del ministro de Estado sobre la propuesta que el señor De Madariaga hizo de reforma de la Sociedad de Naciones, dice que preocupa la ausencia de control que se percibe en algunas recientes actitudes de representantes españoles en el extranjero. El señor De Madariaga hizo esa propuesta por su propia cuenta (...). Espera (*El Debate*) que el ministro adoptará medidas para controlar de modo más eficiente la actividad de esos representantes en el extranjero.

Un periódico reforzó todo esto haciendo constar que en su última sesión el Gobierno había decidido declarar «la ratificación de su fidelidad al Pacto y al Convenant».

La memoria de Barcia era de lo más precario. El partido socialista publicó una nota condenando mi actitud en términos fulminantes, teniendo a bordo a Fernando de los Ríos, que conocía mi pensamiento a fondo; y concluía que era hora que reconociéramos a

la Unión Soviética. Barcia me aseguró que no lo habíamos hecho todavía. Le repliqué que lo había hecho yo con Litvinof dos años antes; y hasta que le encontré yo el papel en su legajo no lo quiso creer.

Se le habían olvidado también mis conversaciones con él y con Azaña (el cual, frente a los ataques sin escrúpulos de su prensa contra mí por hacer su política en Ginebra, no dijo esta boca es mía). Yo tenía pruebas escritas. Al verlas Barcia se portó como lo que era: un hombre honrado. Había una reunión convocada para Ginebra, a la que decidió asistir, pero me llevó con él, y como yo no era oficialmente nadie, tuvo que nombrarme, y me nombró, lo que por su parte requería no pocas agallas.

En la reunión de los neutros a que asistimos, Barcia tomó la palabra y me dedicó elogios abundosos y generosos, a mi ver, en parte para deshacer el daño causado por la campaña de Madrid, en parte para descargar su propia conciencia. El Comité decidió reunirse otra vez en Ginebra (pero lo hizo en Londres). La campaña contra mí, algo desconcertada por mi nuevo nombramiento, redobló de energía bajo la jefatura de Fernando. Le mandé toda la documentación necesaria, pero de nada sirvió. Le escribí una carta explicándole todo, y dirigida a él, rogándole la comunicara a Indalecio Prieto y a Julián Besteiro. No la contestó y los otros dos dirigentes socialistas y amigos míos no la recibieron.

Veían en Azaña un Kerensky

Creo que la clave de todo estaba en que la izquierda se veía ya ante cosas fuertes y quería eliminarme de Ginebra. Me inclino a pensar que Fernando fue instrumento, algo ingenuo, del trío Largo-Araquistáin-Vayo que ya preparaban su leninización de la república y veían en Azaña un Kerensky. Para lo cual era menester echarme de Ginebra. De modo que los perfiles personales y jurídicos de la famosa nota de Ginebra carecían de importancia para ellos. Lo esencial era echarme. Cómo era lo de menos. A Fernando lo engañaron y él se olvidó de su amistad conmigo y de su obligación para con la verdad.

La reunión de Londres dio poco o nada útil para el Pacto, pero algo nuevo para esta historia, como luego se verá... o leerá. Al volver a Madrid, me fui a ver a Casares Quiroga y a Barcia a las Cortes. Azaña era ya presidente de la República y Casares lo era del Gobierno. Les expliqué que cesaba de considerarme al servicio de la república y publiqué la nota que el lector hallará en el Apéndice. Sólo daré aquí sus párrafos finales:

La reacción de la prensa y del partido socialista reposan. SIGUE

“De la noche a la mañana, se me pintaba como un corruptor del Pacto para complacer a los fascistas y como un irresponsable que negociaba sin autoridad ni permiso de mi Gobierno”

pues, en cuanto a procedimiento, sobre una base inexistente, y por lo tanto no me afectan. En cuanto al fondo de la política que implica la nota, no es a mí a quien toca discutirlo, sino al Gobierno. Estoy, no obstante, desde luego, a disposición de los jefes de partido que estimen útil mi opinión.

Tampoco deseo juzgar los ataques de que, con esta ocasión, he sido objeto por la prensa de todos los matices. Me limito a declarar que, en estas condiciones, no estoy dispuesto a seguir al servicio del Estado.

Jamás he servido al Estado hasta que vino la República. Cesó, pues, al cabo de cinco años de servicios que yo no solicité. En abril de 1931 era profesor de Literatura Española en la Universidad de Oxford, y me hallaba a la sazón con licencia de la Universidad, dando un curso de conferencias en la de México. Ni directa ni indirectamente solicité del Gobierno provisional cargo alguno. El Gobierno, sin consultarme, me nombró embajador en Washington. El 13 de mayo, desde Nueva York, cuando le faltaba un día a la República para cumplir un mes, acepté la Embajada y dimití mi cátedra.

Desde el mes de abril de 1934 vengo continuamente sirviendo como delegado permanente de hecho en Ginebra. No tengo nombramiento, ni cargo, ni sueldo, ni despacho, ni secretario, ni archivo. No tengo más que mi buena voluntad. No puedo dimitir, puesto que no tengo qué dimitir. Renuncio, pues, a lo único que tengo, el honor de servir al Estado de una nación que fue grande y que volverá a serlo si así lo quieren a una los españoles.

Sólo deseo añadir mi fe, más firme que nunca, en la Sociedad de Naciones, única forma de convivencia internacional que puede salvar al mundo de una catástrofe sin igual, y mi agradecimiento a mis colaboradores de estos cinco años, entre los cuales quiero distinguir al admirable López Oliván.

La prensa socialista la publicó a trozos escogidos. *El Socialista* no la publicó.

Tiros y tiroteos a ambas orillas del Tajo

Por consejo de Marañón como médico, me fui a descansar a mi cigarral. Lo había comprado con la cosecha de dólares que me había valido una gira de conferencias en los Estados Unidos. La casa, de un solo piso, se alzaba a «torre» de dos en un rincón donde me había instalado mi cuarto de trabajo, chiquito pero con una ventana que daba sobre la ciudad. Habitaciones justo para

los cuatro que éramos. Un par de cientos de olivos. Por disfrutar de aquella casa y olivar me tildó de latifundista en las Cortes Ortega y Gasset, el mayor en edad y menor en juicio. Cuando traté de desviar hacia mis olivos y jardín un chorro de agua que bañaba la esquina a monte de mi terreno y llevaba vertiéndose en el Tajo desde los tiempos del rey Wamba, el Ayuntamiento (mayoría socialista) me negó el permiso por haber sido ministro de un Gobierno Lerro, de modo que hubo que gastar capital en una bomba y fluido todo el año para un servicio que no hubiera costado nada.

¡Qué pena! Aunque había colaborado con Lerro por su insistencia en traerme a Madrid, mis esperanzas objetivas como español estaban con Azaña y Prieto, precisamente los dos hombres que iban a cometer lo que consideré como la agresión más grave contra la república: la expulsión de Alcalá Zamora de la Presidencia por aplicación del artículo 81 de la Constitución. Prescribía este artículo que si su presidente, durante su mandato, disolvía las Cortes dos veces, el tercer Parlamento comenzaría su legislatura examinando si la segunda disolución había sido necesaria. «El voto desfavorable de la mayoría absoluta de las Cortes llevará aneja la destitución del presidente.»

No cabía imaginar regla más insensata. Pero su aplicación a Alcalá Zamora lo fue aún más. Que la gestión de Alcalá Zamora había sido desdichada, no cabe duda. Que conviniera eliminarlo, podía sostenerse. Pero que para hacerlo se aplicase el artículo 81 en contra de toda evidencia, y mintiendo descaradamente, no podía convenir a nadie, y menos que a nadie a la misma república.

Las Cortes disueltas habían gobernado con una fuerte mayoría de derechas; las nuevas Cortes traían una fuerte mayoría de izquierdas. La disolución, pues, había recibido del país una ratificación contundente. Sin embargo, aquella mayoría insensata comienza declarándose hija de madre desconocida al pronunciar innecesaria la disolución a la que debe la vida. ¿Cabe mayor insensatez? ¿Cuándo es necesaria una disolución sino cuando un Parlamento ya no está a tono con el país? Así, pues, Azaña y Prieto, los coautores de aquel disparate, no obedecían a la Constitución, sino que la doblegaban a sus intereses políticos. Otra vez la causa tremenda de todos los males políticos de España: el poder preferido a la justicia; el sujeto al objeto; los individuos a las instituciones. La Constitución, ganzúa para abrirle a Azaña la puerta de la Presidencia.

Estos eran los negros pensamientos que me rondaban por la cabeza mientras paseaba entre los olivos de mi cigarral en un ocio que hacía muchos años no había conocido; de cuando en cuando, entraba en la casa y ponía en el tocadiscos el *Concierto en*

re menor de Mozart para piano y orquesta, cuyo humor sombrío pareciera tan a tono con mi estado de ánimo. A veces me ponía a escribir mi discurso de recepción a la Academia de la Lengua, que me había elegido hacía semanas, y que treinta y seis años más tarde publiqué como ensayo sobre Melibea en *Mujeres españolas*. Cada día me convencía más de mi inadaptabilidad a nuestra política y, por lo tanto, de la imposibilidad de servir a la república y por ella a Europa en lo único que sabía hacer bien.

A los pocos días comenzó nuestra tragedia. Ya en mi entrevista con Casares y Barcia tuve la intuición de que vivían oprimidos por una ansiedad que procuraban ocultar, como si mi despedida no fuese para ellos más que una gota más en la copa llena. Una de las marañonitas me llamó al teléfono, con la voz húmeda de lágrimas, para decirme que allí enfrente, en Toledo, habían asesinado al doctor Polo Benito, canónigo de la catedral. Había comenzado la guerra civil. No había noticias de Madrid. Ni comunicaciones. Abajo, sonaban tiros y aun tiroteos, a ambas orillas del Tajo.

Una mañana, cruzó el cielo azul un avión militar, dejó caer una bomba sobre Toledo, describió una amplia órbita circular, pasando por encima de mi casa, y se fue a arrojar otra bomba. Esta visión de una nación que se suicida vino a afligirme casi a diario.

«¿No ves que te llevamos a la cárcel?»

Hacia mucho calor, de modo que no salía de diez a seis, y a esta hora solía salir a pasear. Me sentía más aislado e inútil que jamás en mi vida. En Toledo no conocía a nadie, y no veía qué podría hacer. En Madrid, suponiendo que lograra llegar, tampoco serviría para nadie ni para nada. No hacía más que darle vueltas a cómo incorporarme otra vez al río de las cosas cuando una tarde, ya de anochecer, oí un coche que subía la cuesta de mi terreno y se paraba al pie del parapeto. Los cuatro ocupantes se bajaron. Tres traían fusiles. El otro, seguramente, algún revólver.

Resultaron ser una especie de delegación representativa de la izquierda: uno, el que venía al volante, era de Azaña; los otros tres, uno anarquista, otro socialista y otro también, pero de distinto color. Me explicaron que venían en mi coche, que mis hermanas «habían puesto a disposición de la revolución»; que ellos lo solían guardar en mi garaje; que habían tenido que hacer en Toledo (según luego me contaron, consistente en almorzar con el cuñado de uno de ellos), y que, al saber mis hermanas que venían a Toledo, les habían encargado que vienesen a buscarme.

Metí mis bártulos en un malecón y me uní a ellos. «¿Dónde va

SIGUE

MADARIAGA

“Mis esperanzas objetivas, como español, estaban con Azaña y Prieto, precisamente los dos hombres que iban a cometer lo que consideré como la agresión más grave contra la república”

usted a sentarse?», me preguntaron. «Al lado del que guía», contesté. Se negaron. Era demasiado peligroso y se sentían responsables de mi persona. Me sentaron en el medio, atrás, con un socialista a cada lado y su fusil entre las rodillas. Todo el camino estaba sembrado de cadáveres de automóviles, tumbados en las cunetas, en fosos, en prados, cosecha del asalto a los coches de los ricos que los pobres se habían precipitado a llevar a cabo en la primera emoción de rebeldía. Los huesos de la revolución que asomaban a través de la carne de la retórica.

Pronto íbamos a ver la reacción de la decencia humana contra aquel apetito de botín. En cada aldea o pueblo que pasábamos, nos paraban mozos armados. No llevaban uniforme, pero los rostros graves sabían lo que hacían. Lo que hacían era registrar el coche por si llevaban botín, pues, como uno de ellos nos dijo: «Nosotros no somos ladrones». Pronto nos acostumbramos al alto armado, al registro, y al «salud» de despedida.

Así llegamos a Villaverde. El mozo armado esta vez parecía menos confiado, y en sus modos y lenguaje se me antojó comunista bien adoctrinado. Me acordé de que pocas semanas antes había estado en Getafe y hablado con uno del pueblo, de cuyas palabras se desprendía que el alcalde era uno cuyo nombre y oriundez no conocía nadie y que llamaban «el Ruso»; y por primera vez me fijé en lo que podía significar que el santo y seña que el guía de nuestro coche venía dando desde Toledo era «Rusia 1».

El mozo armado gruñó: «¿Quién es éste?». En cuanto oyó mi nombre, reclamó sus derechos: «Fuera de ahí. Nosotros haremos lo que haga falta». El guía intervino: «¡Pero si no es don Dimas! (3). Es don Salvador el embajador». «Pues a éste también. Ha!a. P'acá». Esta vez mi vecino se incomodó. «No seas idiota. ¿No ves que lo llevamos a la cárcel?» Parece que el otro se calmó. Nos pusimos en marcha, y entonces cometí yo el disparate más monumental de mi vida: como lo había hecho siempre antes de que naciera el fascismo, salude alzando la mano. O no lo vio el mozo armado o no le dio importancia. Seguimos rodando.

La pistola más grande

En Madrid me enteré de que el asalto a los coches particulares para quedarse con ellos había sido la primera señal del derrumbe de la autoridad. Mis hermanas ofrecieron el mío al partido de Azaña, y desde entonces lo venían a buscar por la mañana y lo volvían a traer por la noche. El tiempo era bueno y los alrededores de

Madrid más frescos que el centro. Pero estaban pasando cosas muy negras, en la Casa de Campo y en otros lugares. Como suele suceder en estos casos, se mezclaban los idealistas con los pillos en forma reacia a toda distinción o diferenciación. ¿Y quién juzga los secretos de la intención? De todos modos, comenzaba el país a desangrarse.

El Gobierno estaba punto menos que sitiado en el Ministerio de Marina. Llamé al teléfono y hablé, pero no me acuerdo con cuál de los ministros, creo que con Prieto. Explicué que si ellos creían que podía serles útil, me quedaría; pero que, de lo contrario, yo tenía en Ginebra obligaciones que cumplir, y la oficina de la Fundación Mundial que me esperaba; propuse, pues, que me dieran una especie de salvoconducto de salida y una pareja de policía (porque, en mi ignorancia de estas cosas, yo creí que los policías iban en parejas como la guardia civil).

El último día de julio salí para Valencia. El agente de policía que me acompañaba me dijo con sencillez serena que no esperaba sobrevivir a los disturbios por estar fichado por los cabecillas. Conmigo venía Espinosa, secretario diplomático del Consulado de Ginebra. En Valencia conseguimos encontrar un tren para Barcelona, pero en Barcelona reinaba el caos. Nadie sabía nada sobre nada y menos sobre quién mandaba. El poder de todos deseado, por nadie ejercido, porque sin orden no hay ni siquiera poder. Autoridades de la república, del Estado catalán, del Comité de Trabajadores, a la sazón dominado por los anarquistas, se disputaban las decisiones pisándose los callos. Otro tanto hacían físicamente los miles de hombres y mujeres que se apretujaban en las oficinas de tantas autoridades para obtener el sacrosanto papel que les permitiría ir a donde querían.

Mis propios papeles oficiales lograron sacar de su *sancta sanctorum* a un Tintero importante, nada menos que ministro del Gobierno catalán que se llamaba España. Gracias a él logré tomar el tren para Port Bou. Las barreras burocráticas de la estación de Port Bou estaban todas tomadas por los anarquistas; pero además había un telegrama oficial del ministro de Hacienda, Gabriel Franco, prohibiendo la salida de ningún español. Le enseñé mis papeles al que me pareció llevar la pistola más grande, y le dije: «Usted verá quién gana, si Hacienda o Estado. Pero procure decidirlo antes de que salga el tren de Perpiñán». Lo pensó bien. Me dejó salir. Y aquella noche dormí en el hotel más miserable que jamás he conocido en mi vida.

El Premio Nobel de la Paz

Vuelvo ahora a aquella reunión de neutrales a que asistí en Lon-

dres semanas antes de iniciar mi emigración (con el cursi «exilio» no quiero nada). Nos reuníamos en mi habitación en un hotel en el West End. Cuando se dio término a la última sesión, observé que el Dr. Münch, ministro danés de Asuntos Exteriores, parecía querer quedarse y dejar que los demás se fueran. Yo acompañé a todos al ascensor, pero Münch no lo tomó, quedándose conmigo en el pasillo; y al instante me disparó: «He escrito a Oslo oficialmente pidiendo para usted el premio Nobel de la Paz». Me quedé asombrado, porque el asunto no se había mencionado ni pensado jamás ni entre nosotros ni en mis adentros; y me sorprendía aún más porque Münch y yo diferíamos bastante en cosas de paz y guerra, pues él era pacifista y yo no. Le agradecí muy de veras su pensamiento y nos despedimos.

Durante el verano y el otoño tuve no pocos indicios de que podría ganar la proposición del doctor Münch, pero el premio de aquel año se dio a Saavedra Lamas. Al año siguiente, invitado por la Fundación Nobel, fui a Oslo a dar conferencias, y allí también, en conversaciones y saraos, se hicieron alusiones a que «tendría que volver» a Oslo Mrs. Harriman, embajadora de los Estados Unidos (por derecho propio), me agasajó con una cena en mi honor que me dejó perplejo. ¿Por qué a mí los Estados Unidos una cena? Le dieron el premio a Lord Cecil. Le felicité y me contestó con un telegrama que doy en el Apéndice.

Meses pasaron —cuántos no me acuerdo—; y un buen día fui a ver a mi amigo Lebreton, embajador de la Argentina. Hablamos de todo un poco y fuimos a parar a Saavedra Lamas. El tema le excitaba el buen humor, y en los ojos le bailaba el placer que iba a tener contándome su historieta: «¿A que no sabe usted por qué le dieron el premio Nobel? Todo el año se lo había pasado Cordell Hull preparando su propio tratado —todo el mundo lo hace; y usted, ¿por qué no redacta uno?— y ya se disponía a presentarlo a la Conferencia Interamericana que iba a reunirse en Buenos Aires, en diciembre. No pensaba en otra cosa. El tratado iba a ser un éxito. Para mayor seguridad, lo redacté de modo que no hubiese nada dentro de las palabras... ya sabe usted cómo se hace eso... Pero todavía le quedaba a Hull una como inquietud. Entonces uno de sus aláteres tuvo una iluminación. La Conferencia iba a tener lugar en Buenos Aires. De modo que la presidiría Saavedra Lamas. Había que darle el Premio Nobel; y todo iría bien. Cordell Hull tomó el consejo. Le dieron el premio a Saavedra Lamas y él le sabotó la Conferencia a Cordell Hull. El cual, después, decía: "¿No he visto jamás hombre más péfido!"».

Si non è vero, è ben trovato. Pero todavía creo que de ser así, Cordell Hull se hacía una idea muy modesta de la perfidia.

FIN

(3) Diputado derechista por Toledo, nada pariente mío: don Dimas Madariaga.